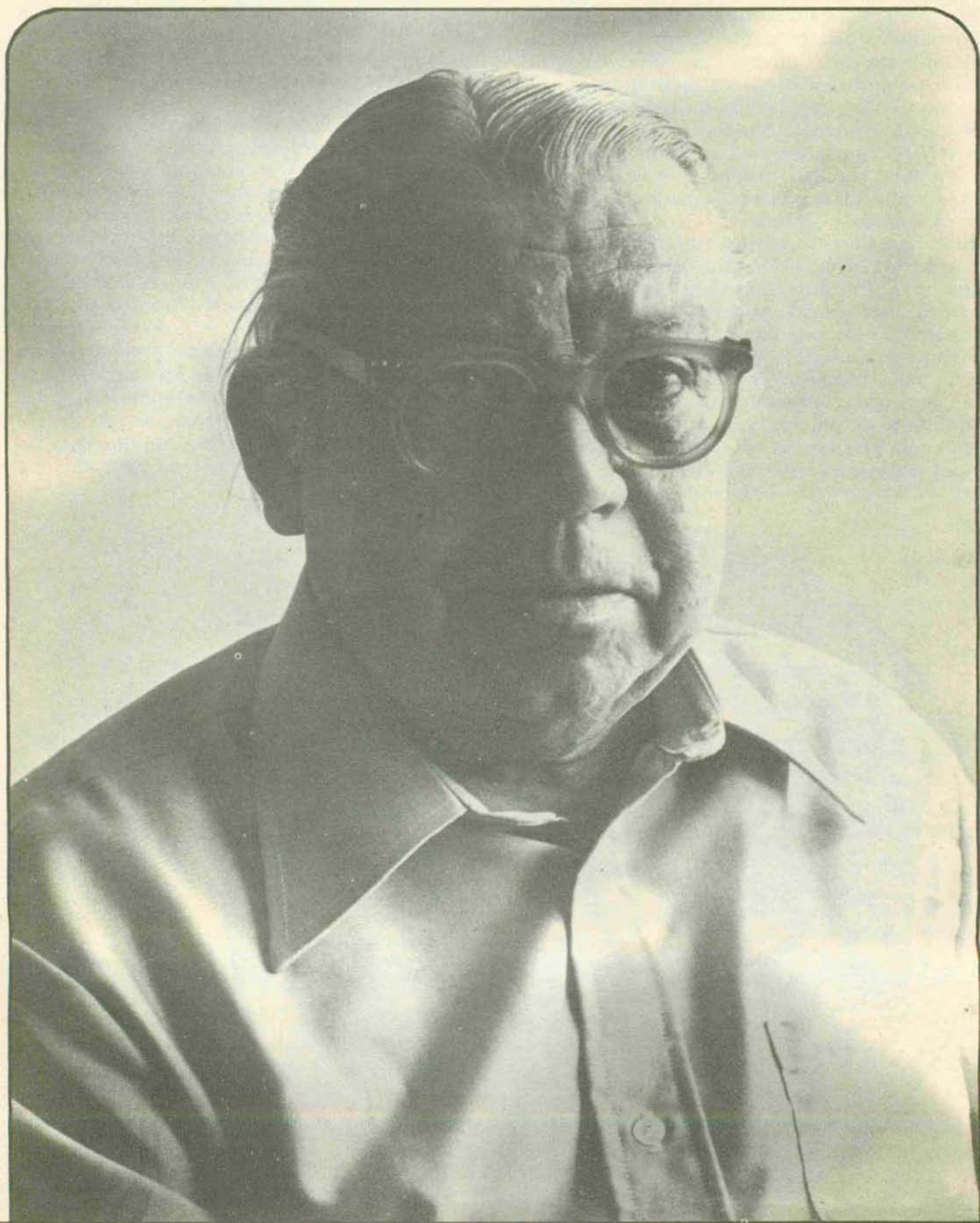


Herbert R. Southworth:



La desmitificación de una gesta

María Ruipérez

*Entre los historiadores de la guerra civil española más denostados durante años por la propaganda franquista, no cabe duda de que Herbert R. Southworth ocupa el primer lugar. Las razones son fáciles de comprender. Ya en su primer libro, **El mito de la Cruzada de Franco**, Southworth, a través de una detallada y rigurosa «crítica bibliográfica», puso de manifiesto la mezcla de mentiras e ignorancia característica de los historiadores franquistas, y aportó pruebas suficientes para desmontar los mitos básicos de la propaganda franquista sobre la guerra.*

La conclusión del libro no podía ser más demoledora para la mitología de la «Cruzada»:

«Sí, caballeros, tenéis razón; era una cruzada, pero la cruz era la gamada».

*La labor de desmitificación de Southworth continuaría en los años siguientes centrada en algunos temas capitales: el carácter fascista de Falange, y la crítica a las afirmaciones indemostradas de García Venero (**Anti-Falange**);*

*el análisis de los errores e ignorancias de Ricardo de la Cierva, a quien dedicó un famoso artículo en **Cuadernos de Ruedo Ibérico**, o las ocultaciones y tergiversaciones sobre el bombardeo de Guernica, examinadas de forma exhaustiva en su última obra (**La destrucción de Guernica. Periodismo, diplomacia, propaganda e historia**),*

publicado en París en 1975, y reeditada años después en Barcelona.



Podemos leer en el «ABC» de Sevilla las arengas de Queipo —en la foto—, que dijo un día: «Si una aldea no se rinde, mataremos a 100 personas y a todos los hombres adultos del pueblo». Al día siguiente afirmó: «Hemos tomado esa aldea, hemos cumplido nuestra promesa»...

QUIZAS la mejor definición de la actitud de Southworth ante la historia de la guerra se encuentra en unas frases de Pierre Vilar, correspondientes a su prólogo al último libro citado: «Se ha guardado de ser un 'propagandista'. Ha escogido ser un **polemista**, lo que frecuentemente encuentra menos indulgencia. No ha ocultado nunca su bando, el de la España republicana. No se ha dado como tarea defenderla o exaltarla. Ha atacado las tesis de sus enemigos. No las tesis ideológicas, que conoce y cuyas bases comprende. Las afirmaciones de hecho, las presentaciones de los acontecimientos, los silencios organizados, las deformaciones sistemáticas. Si se rebela, si se apasiona, no es contra la ceguera partidista, sino contra la mentira que la nutre. Southworth cree en las virtudes de la información, pero conoce sus trampas. Y cuando

han pasado treinta o cuarenta años, no admite que se haga pasar por historia un arreglo entre semiverdades y semimentiras».

La conversación que mantuvimos con Southworth, aprovechando su viaje a Madrid para participar en la presentación pública en España de la Editorial Ruedo Ibérico, intenta recoger, aunque sea en breve resumen, algunos aspectos significativos de sus investigaciones. Con su publicación tratamos, además, de llamar la atención sobre una labor historiográfica ferozmente denostada por los franquistas, y poco conocida por el resto de los lectores; y sobre la misma persona de Herbert R. Southworth, amante de la libertad y de la verdad, cuya vida entregada a la investigación de nuestra guerra civil merece sin ninguna duda un reconocimiento público, que aún no ha recibido. Sea ésta nuestra modesta contribución

a un homenaje que los historiadores españoles, y todos los que aman la verdad y odian los mitos y la propaganda falseedora, le debemos, y estamos tardando en ofrecerle.

Tiempo de Historia.— ¿A qué se debe su preocupación por el tema de la guerra civil española?

Herbert R. Southworth.— Yo creo que mi interés por la guerra civil española se produjo por dos factores: Primero, por mi interés por el socialismo desde que tenía 16 ó 17 años, y después por mi interés por la lengua española, que yo he aprendido a través de mis contactos con americanos que trabajaban en las minas de cobre de Arizona, y después por mis estudios en la Universidad. Quiero añadir además un tercer factor, que es mi preocupación por el estudio de la demografía. Cuando estalló la guerra, trabajaba en la Biblioteca del Congreso, y comencé casi inmediatamente a hacer una colección de documentos sobre la guerra. El primer libro que tuve de la guerra civil fue el resultado de una crítica aparecida en el **Washington Post**, en 1937. En 1936 habían salido a la luz un libro o dos, pero lo abandoné hasta 1937. De estos dos factores combinados surgió mi actividad investigadora sobre la guerra civil.

La mayoría de sus trabajos están dedicados a la crítica de los historiadores y ensayistas franquistas o neo-franquistas, desde Calvo Serer a La Cierva. ¿Cuál es su opinión sobre esta corriente de historiadores, y sobre su influencia en la conciencia histórica del pueblo español?

H. S.— Es verdad que hago una crítica severa de los historiadores profranquistas, pero comienzo con lo que escribieron durante la guerra. En mi país, la batalla a favor de Franco la dio la Iglesia católi-

ca. Mis estudios sobre la guerra me convencieron de que lo que escribían los portavoces franquistas católicos de los Estados Unidos era una completa mentira. Esto me causó, no digo sorpresa, pero sí cierto disgusto, porque eran precisamente las personas que predicaban una moral, los Mandamientos... Yo no digo que estos hombres mintieran, pero dieron un falso testimonio, quizá porque no sabían que la propaganda franquista estaba basada en mentiras, y se presentaron ante el público como hombres inteligentes y cultivados. En realidad, no sabían nada de cuanto decían. Fueron empujados por una pasión, y no hicieron ningún esfuerzo por comprobar lo que escribían. Hoy día, se puede comprobar que lo que han escrito los católicos norteamericanos sobre la guerra de España es completamente ridículo.

Con el paso de los años, estas historias profranquistas de los años de la guerra y los años posteriores perdieron el poder de convencer a los jóvenes, y al aparecer otra nueva generación, se dieron cuenta de que la historia oficial franquista había perdido toda eficacia para atraer a la juventud. Calvo Serer era un hombre conocido durante la guerra, y con su «panfleto» sobre **Los escritores y la guerra de España**, junto con el libro de Marrero, fueron casi los últimos investigadores que mantuvieron el punto de vista extremista del franquismo. Cuando apareció Ricardo de la Cierva, el Gobierno y los intelectuales franquistas comprendieron que había una necesidad de cambiar los detalles de las historias oficiales para poder influir sobre la nueva generación de españoles, que no habían vivido la guerra, de la veracidad de los argumentos sobre la «Cruzada» (como ellos

decían). Estos argumentos tenían como objetivo justificar la sublevación. Por otra parte, cuando estos nuevos escritores comenzaron a estudiar los mitos del franquismo, vieron la necesidad de revisar las historias anteriores. Así, por ejemplo, ante los documentos que intentaban demostrar la existencia de un complot comunista —documentos que he discutido al menos en dos de mis libros, y he probado que eran falsificaciones—, estos historiadores dicen: No tienen valor, y los meten en un cajón para que se olviden. Otro ejemplo que podría citar es la matanza de Badajoz: los historiadores franquistas comienzan a admitir que hubo esta matanza, pero antes la habían negado totalmente. El colmo de la falsedad de la propaganda franquista está

en el asunto de Guernica, donde Ricardo de la Cierva ha intentado probar que hubo solamente media docena de muertos, que era un ataque concebido y realizado por los alemanes, y que los nacionales no sabían nada de lo que había ocurrido.

LA IGLESIA Y LA «CRUZADA»

¿En qué sentido la definición de la guerra civil como una Cruzada, hecha por el Episcopado español, es un mito?

H. S.— La verdadera Cruzada histórica era una defensa de la cruz. Hoy día es muy difícil defender el punto de vista de que la guerra civil española era una defensa de la Cruz. De todos modos, si este slogan de propaganda se hizo a propósi-



Moscardó —en la foto con Franco y Varela en las ruinas del Alcazar—, en lugar de ser el «Guzmán el Bueno» de los franquistas, es un veterano insensible que se encerró en el Alcazar con rehenes e impidió que las mujeres e hijos de sus subordinados salieran de la fortaleza, no así su propia familia, que abandonó el Alcázar poco después de comenzar el asedio.

to, fue un fracaso, porque la Iglesia ha acabado perdiendo, si el sentido de la Iglesia es ganar almas y tener influencia sobre el pensamiento humano. Sé que en mi propio país —Estados Unidos— la traición de no vender armas a la República fue la primera gran victoria de los Obispos católicos. Y creo que desde entonces la influencia de la Iglesia católica en los EE.UU. ha bajado bastante.

¿Piensa que el Episcopado español cometió un error al ponerse al lado de los rebeldes?

H. S.— Desde el punto de vista de la Iglesia, sí. Prueba de ello es que en la actualidad a la Iglesia le da vergüenza de su postura profascista de 1936. Por otro lado, la Carta colectiva, firmada por los Obispos, era una propaganda muy eficaz, porque, en mi opinión, ningún Obispo se opuso —al menos públicamente— a su publicación. Había algunos Obispos que estaban en contra de la Carta, pero ninguno se

atrevió a decirlo públicamente. No conozco ningún caso de curas que tomaron partido por la República que no fueran rechazados por la Iglesia oficial. La Iglesia de Italia, de Alemania, de los países fascistas, la de América del Sur, la de EE.UU., incluso de Inglaterra, estaba totalmente a favor de los rebeldes. El único país donde la jerarquía eclesiástica y el clero salen, si no con honores, al menos con menor culpabilidad que en estos otros países, es Francia. Curiosamente, Francia es el país que tuvo el mayor y mejor grupo de intelectuales católicos que apoyaron a la República. Maritain, cuando escribió sobre la situación del País Vasco en 1937, dijo que había querido defender a los vascos católicos, para que un día el mundo viera que al menos algunos católicos habían defendido a los republicanos. Estoy seguro de que muchos Obispos y Cardenales se lamentan de no poder decir actualmente

que hubo Obispos y Cardenales que defendieron al pueblo español y no a los rebeldes.

¿Cree usted que la guerra civil española fue una guerra de clases, y no una guerra religiosa?

H. S.— Sí. La guerra civil española fue una guerra de clases, y también, desde cierto punto de vista, una guerra de religión, porque la Iglesia se puso al lado de Franco, aunque defendió mal sus intereses.

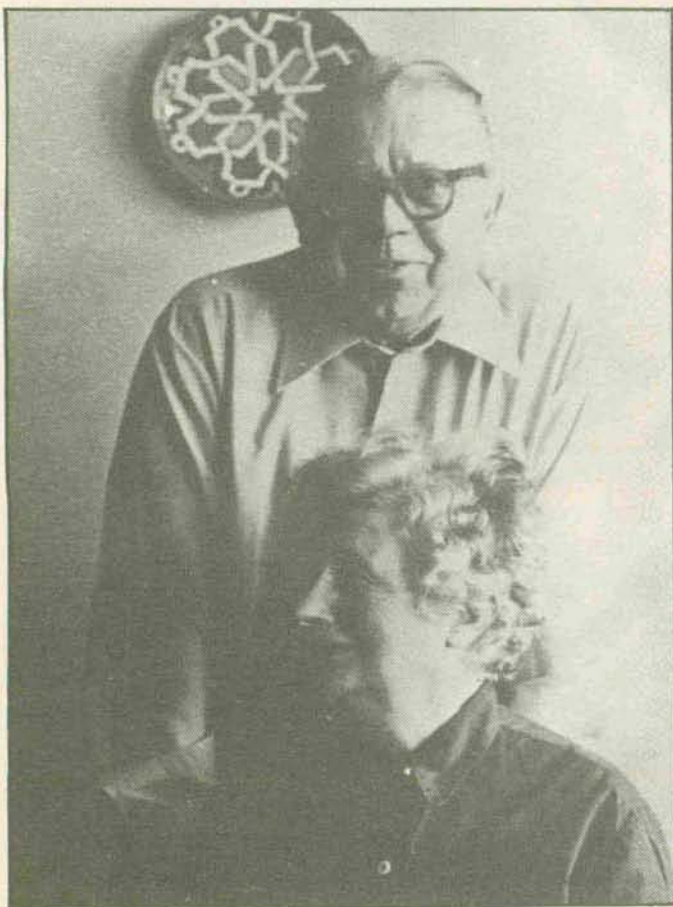
¿Por qué a Franco le interesaba explotar el aspecto religioso?

H. S.— Tengo la impresión de que la Iglesia tuvo más interés en apoyar a Franco que a la inversa. Creo que la Iglesia vio en el fascismo la oportunidad de arreglar sus cuentas con el liberalismo, el izquierdismo, la masonería y la democracia. La Iglesia había intentado enfrentarse a estas doctrinas desde hacía años, pero sin poder hacer nada. Con la llegada de Hitler al poder, la Iglesia vio la posibilidad de derrotar a los regímenes democráticos de Francia e Inglaterra, y de toda Europa.

EL MITO DEL ALCAZAR DE TOLEDO

Pasando a un tema clásico de la propaganda franquista, que usted ha estudiado con detalle: ¿Qué ocurrió en realidad durante el asalto al Alcázar de Toledo?

H. S.— He investigado sobre este tema en mi libro **El mito de la Cruzada de Franco**, y he insistido en que la defensa del Alcázar de Toledo fue la gran epopeya del franquismo. La historia sobre el fusilamiento, la conversación del general Moscardó con su hijo Luis es posible que tuviera lugar; pero no existió ningún tipo de heroísmo en lo que hizo Moscardó, porque sabemos que él llevó al Alcázar rehenes. ¿Cómo se puede elogiar el heroísmo de este hombre, que



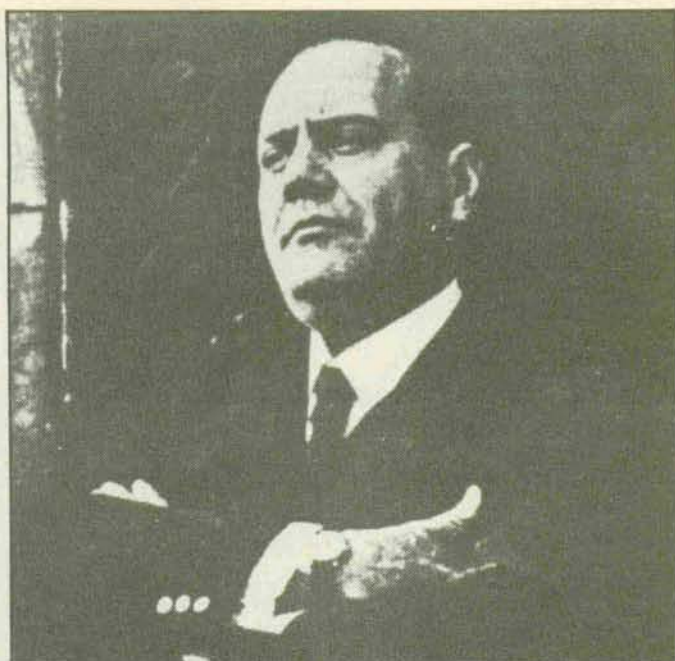
Southrth cree en las virtudes de la información, pero conoce sus trampas. Y cuando han pasado treinta o cuarenta años, no admite que se haga pasar por historia un arreglo entre semi-verdades y semi-mentiras». (En la foto, Susan y Herbert Southrth en la actualidad.)

quizás pensaba que iba a perder a su hijo como rehén, cuando él trataba a sus rehenes de la misma manera? Escribí el **Mito** en 1963, y hasta hoy, que yo sepa, nadie ha tratado de profundizar el asunto del Alcázar. Por ejemplo, ¿sabemos hoy los nombres de los rehenes? No. ¿Ha investigado alguien el personaje de Cándido Cabello, que pretenden que fue quien habló por teléfono con Moscardó? He escrito 3 ó 4 cartas al Ministerio de Justicia, al Colegio de Abogados de Toledo, durante el régimen de Franco, para saber si Cabello había sido Decano del Colegio de Abogados, o si era abogado. Pero no me contestaron. Hace unos meses he recibido una carta del Colegio de Abogados de Toledo, donde me decían que Cabello era abogado, pero que no saben nada más de él. Es evidente que si el «feroz» miliciano que habló por teléfono con Moscardó era un abogado de Toledo, al menos los dos hombres se conocían, y si fue así, cambia totalmente la calidad y la naturaleza de la conversación. Quedan muchas historias por estudiar, y es mejor no esperar la muerte de todos los testigos para saber lo que pasó realmente. Estoy seguro que hay muchas personas en Toledo que pueden dar una información amplia y veraz sobre el tema, y espero que lo hagan antes de que sea demasiado tarde.

¿Qué tropas defendieron el Alcázar?

H. S.— La versión franquista de que los cadetes defendieron el Alcázar es una historia romántica. Yo no sé si atribuir la defensa a los cadetes fue un producto de la imaginación; pero desde el primer momento fue bien conocido que sólo había siete cadetes en el Alcázar. Los defensores reales del Alcázar fueron los guardias civiles y los militares.

«Estoy escribiendo unos artículos para el «Times», uno de los cuales aparecerá muy pronto y está dedicado a D. Juan Negrín, a quien defiendo y considero la personalidad más sobresaliente durante la guerra en el campo republicano». D. Juan Negrín.)



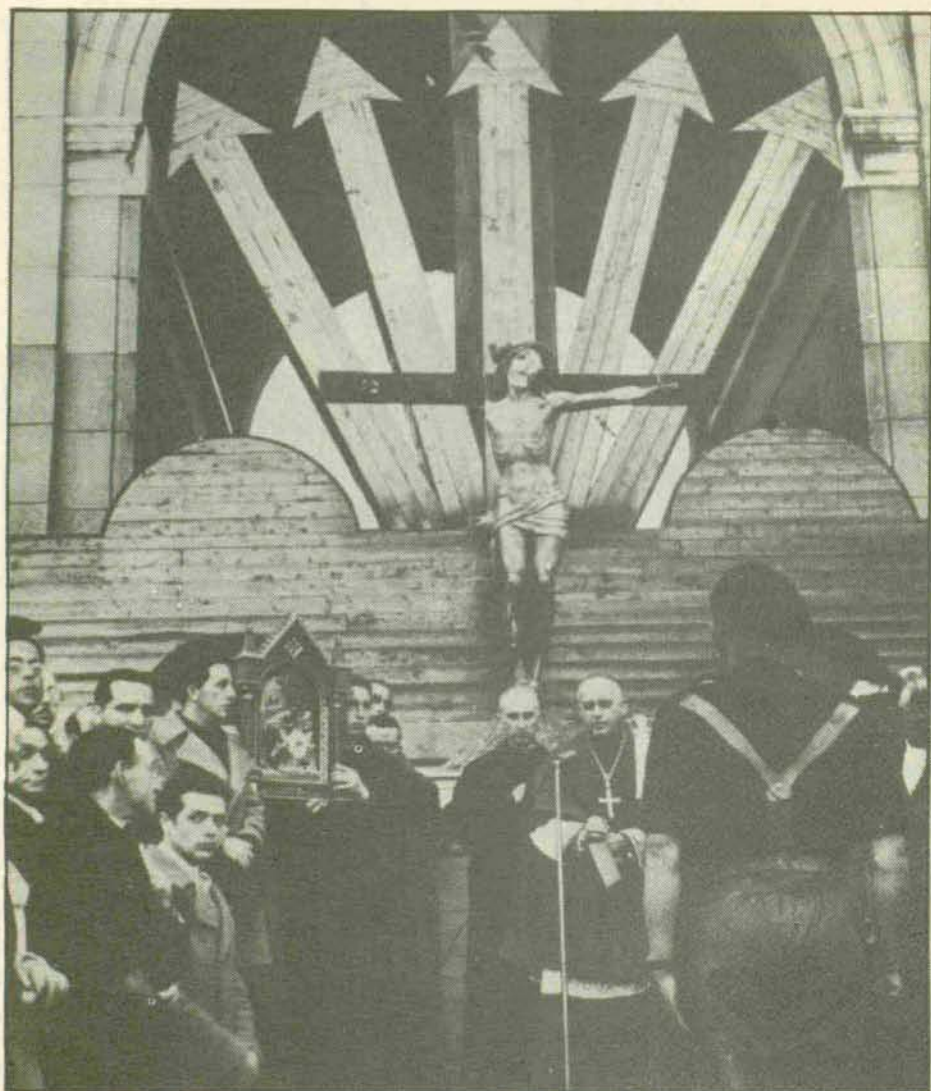
Resumiendo, la historia del Alcázar es absolutamente falsa. El papel que jugaron los cadetes en la defensa de la fortaleza, ha sido exagerado notablemente; la leyenda de Luis Moscardó, aunque hubiera tenido lugar la conversación telefónica, está falseada, porque su ejecución no guarda ninguna relación con la conversación; Moscardó, en lugar de ser el «Guzmán el Bueno» de los franquistas, es un veterano insensible que se encerró en el Alcázar con rehenes e impidió que las mujeres e hijos de sus subordinados salieran de la fortaleza —no así su propia familia, que abandonó el Alcázar poco después de comenzar el asedio.

FALANGE Y FASCISMO

La Falange, ¿fue un movimiento fascista?

H. S.— La Falange era un movimiento fascista con ideología fascista. Escribí un artículo sobre la Falange en 1939, he pasado muchos años estudiando sobre el tema, y escribí mi libro **Anti-Falange** en 1967 —que va a reeditarse ahora—. En este momento estoy haciendo una historia analítica sobre el fascismo. Si he tardado tanto tiempo en deci-

irme a analizar el fascismo, es porque todavía no he encontrado una definición sobre el término que me satisfaga. Sin tener esta definición, me resultó muy difícil escribir sobre el fascismo español. Pese a ello, creo que mi libro **Anti-Falange** ayudó mucho a comprender el fenómeno del fascismo español, y creo que con mi último libro, el problema quedará casi resuelto. Cuando digo que la Falange es un movimiento fascista, quiero decir a la vez que la Falange nunca llegó a tener el poder total en España. La Falange era un movimiento fascista, que se desarrolló mal en un país antifascista. La Falange no tuvo ninguna importancia hasta febrero de 1936, cuando comenzó a crecer, pero sin poder desarrollar ninguna actividad política, porque el Frente Popular decidió suprimirla. El fascismo español de Ramiro Ledesma de febrero de 1931 hasta febrero de 1936 no llegó a tener una organización efectiva nacional; la prueba más palpable es que nunca tuvo un diputado elegido por el pueblo en las Cortes. Por tanto, era un movimiento intelectual muy bien organizado, pero que no tuvo ninguna relación con la



Tengo la impresión de que la Iglesia tuvo más interés en apoyar a Franco que a la inversa. Creo que la Iglesia vio en el fascismo la oportunidad de arreglar sus cuentas con el liberalismo, el izquierdismo, la masonería y la democracia. (Escena de la primera Semana Santa madrileña, tras la victoria de las tropas de Franco).

realidad española. La única razón para que seis u ocho meses después de estallar la guerra la Falange Española llegara a tener una organización, fue que se produjo un vacío político total en la zona nacional, porque las derechas españolas no tenían ideas políticas, ni los militares tampoco. La ideología demagógica y rimbombante de Falange ofreció a la oligarquía un instrumento que ésta pudo utilizar.

¿Qué relaciones tuvo la Falange con el fascismo europeo?

H. S.— La idea de que existe un movimiento internacional fascista enclavado en Europa del Sur es una idea a mi juicio equivocada. El fascismo es un movimiento nacionalista. Se

puede comprobar que Mussolini inventó el fascismo, e Hitler lo mejoró; pero el fascismo es un movimiento imperialista, y si un país europeo tiene una política de beligerancia agresiva, el fascismo no desea que otro país le imite —con un país ya es bastante—. Dos países fascistas agresivos en Europa, Italia y Alemania, no querían competidores. Lo que me impresiona leyendo a Giménez Caballero, Ledesma Ramos y Primo de Rivera, es que se dieron cuenta de que la realización del programa fascista español necesitaba la ayuda de Alemania y de Italia. Cuando Mussolini conquistó Etiopía, no pidió permiso a nadie; cuando Hitler invadió Austria

y Checoslovaquia, tampoco. La idea de los fascistas españoles era ser colaboradores muy subsidiarios de Hitler. Esto es lo que resulta imperdonable; el problema mundial en los años 1930 y 1940 consistía en acabar con el hitlerismo, y ésta es la vergüenza nacional de los falangistas y de otros españoles que aceptaron vivir en un mundo y en una Europa dominada por Hitler. Esto es lo que la Historia no les perdonará jamás.

LA DESTRUCCION DE GUERNICA

Retomando las preguntas que usted se hace al comienzo de su último libro: ¿Cómo, quién y por qué se destruyó Guernica?

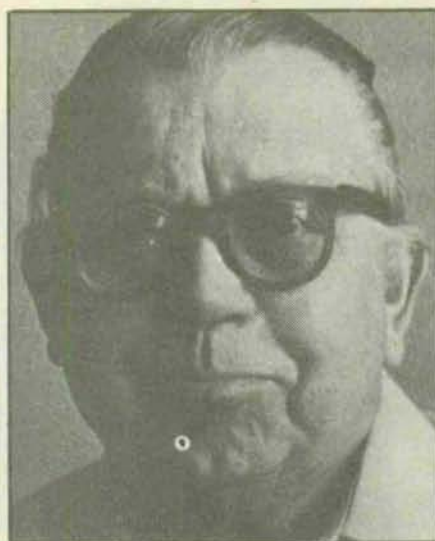
H. S.—Guernica fue destruida por aviadores alemanes, que pilotaban aviones alemanes y tiraban bombas alemanas. Estas bombas destruyeron muchas casas y quemaron otras. Fue un ataque con mucha suerte, porque las casas tenían vigas de madera, las calles eran muy estrechas y soplaban un viento propicio para extender el fuego de casa en casa. Lo único que no sabemos es el porqué. No cabe la menor duda de que el objetivo del ataque era destruir la ciudad: no hay otra explicación para la presencia de las bombas incendiarias que lanzaban los aviones sobre las casas; no cargaron sus aviones con estas bombas para destruir un puente de piedra. En mi libro **La destrucción de Guernica** lanzo la hipótesis de que el ataque se llevó a cabo para desmoralizar a los combatientes vascos. Sabemos que los alemanes querían terminar la campaña en el País Vasco; yo creo que destruyeron Guernica para decir a los vascos: «Lo que hacemos en Guernica, podemos hacerlo en Bilbao». Fue un ataque decidido en España; tenemos toda la razón al pensar que Berlín no sabía

nada del ataque hasta después de realizarse. Es una hazaña bélica que ha tenido lugar después en otros países: la intervención americana en Vietnam, donde los soldados hacen una cosa sin pensar en los posibles resultados que puede tener después ante la opinión pública. Al destruir Guernica, no preveían la reacción mundial, que fue bastante accidental. Hasta que podamos leer el testimonio de los que intervinieron en la decisión, no sabremos por qué se realizó el ataque. Yo creo que el secreto está en los archivos de la Casa Militar de Franco, y hasta que podamos estudiar esos documentos, no podremos más que plantear hipótesis más o menos válidas. Hay personas que podrían ver los archivos en media hora, y por ello hay que pensar que si estos documentos probaran la inocencia de Franco, Mola y compañía, serían publicados inmediatamente.

Sabemos que Mola, al comenzar la campaña en el País Vasco en abril de 1937, lanzó hojas volanderas sobre la población de Bilbao, informándoles de que iba a destruir totalmente el País Vasco si había resistencia. Sabemos que había otra amenaza semejante lanzada después de la destrucción de Guernica. En realidad, Mola seguía el ejemplo de Queipo de Llano en Andalucía. Por ejemplo, podemos leer en el **ABC** de Sevilla las arengas diarias de Queipo, que dijo un día: «Si una aldea no se rinde, mataremos a 100 personas y a todos los hombres adultos del pueblo». Al día siguiente afirmó: «Hemos tomado esa aldea, hemos cumplido nuestra promesa». Es el primer ejemplo en el mundo de la utilización de la radio como instrumento de terror. **Mola en País Vasco** siguió el ejemplo de Queipo de Llano en Andalucía.

Para terminar, ¿hacia que temas van dirigidas sus últimas investigaciones?

H. S.— Estoy terminando un libro sobre el fascismo que provisionalmente se titula: **Historia analítica del fascismo español**. Al mismo tiempo, estoy escribiendo unos artículos, uno de los cuales aparecerá muy pronto en el suplemento literario del **Times**, en el que defiendo a don Juan Negrín, a quien considero la personalidad más sobresaliente durante la guerra en el campo republicano. Los historiadores han maltratado a Negrín a causa no sólo de la propaganda nacionalista, sino de la propaganda de sus adversarios republicanos; y también porque Negrín murió con una indiferencia total sobre el veredicto de la Historia, quizás porque creía que la inteligencia humana comprendería su política más adelante. Creo que ha llegado el momento de comenzar una revisión total de las ideas de Negrín, y puede ser que las pruebas para la justificación de la política negrinista aparezcan en los mismos documentos nacionalistas. Se ve ya en los estudios sobre el oro del Banco de España de Angel Viñas, que justifica completa-



Entre los historiadores de la guerra civil española más denostados durante años por la propaganda franquista, no cabe duda de que Herbert R. Southworth ocupa el primer lugar. (Herbert Rutledge Southworth).

mente la política de Negrín en el asunto del oro español, y contradice a los escritores que han acusado a Negrín de la utilización que dio a ese oro. Otro capítulo interesante corresponde a los últimos días de la guerra. Los que han estudiado a Casado y a la Junta de Madrid, y les han considerado como héroes por provocar la rendición incondicional de Madrid, se equivocan. Ahora comprobamos que Casado era simplemente un traidor, Cipriano Mera un inocente manipulado por Casado, y Besteiro un idealista que no comprendió la realidad de la situación. Durante años, la historia ha presentado a Casado como un hombre que había comprendido el cansancio de los combatientes republicanos; lo cierto es que Casado había ya concertado una paz sin condiciones con Franco, y que sabía muy bien que éste no iba a respetar a ningún republicano u hombre de izquierda. Por tanto, Casado era un traidor que estableció las bases para una rendición incondicional de la República a las tropas nacionales, y no hizo ningún caso a Negrín, que defendía la política de una retirada republicana organizada y lenta, con la que hubieran podido salvarse muchas vidas. Los historiadores no tenemos derecho a suponer lo que hubiera sucedido en un determinado momento histórico; pero creo que la guerra hubiera tenido otro desenlace de haber continuado resistiendo, y quién sabe si no se hubiera ganado. Por último, la huida de la flota republicana fue una vergüenza, porque dejó a miles de españoles sin ninguna posibilidad de escapatoria, de forma que cayeron en manos de los franquistas. Esto se hubiera evitado si se hubiera seguido la consigna de Negrín de resistir hasta el último hombre. ■ **M. R.**